

—Pues en menudo lío andáis metidos. Con todo, mi felicitación más entusiasta por lo mucho que habéis hecho. Y bien, dime: Una ciudad, como la vuestra, que va superándose a sí misma en el aspecto urbano, ¿qué tal anda de cultura?

—¿No sabes que este tema es parecido al del célebre botón, que pedía no le hablaran de la guerra? ¿La cultura, dices? Ya sabes como ella es la única impaciencia que no despaciencia nunca. Creo, por ejemplo que, con el tiempo, llegaremos a poseer un interesante Museo. Las piezas, por el momento, así lo esperan, empolvadas ya de aguardar inútilmente el instante que el amigo ha de tenderles la mano. Tampoco nos hemos dedicado todavía a escribir en firme nuestra historia, cuya riqueza, como sabes, desborda los límites de un mero interés local, y, en parte, quizá porque no hemos podido inventarla, como acostumbra así hacerlo los que nunca la poseyeron. La gente, como en todas partes, ya sabes que lee poco. Algo de novela, mucho de pistoleo propio de la época coyoteriana y, sobre todo y ante todo, el periódico. Cultura, pues, por lo general, bastante rudimentaria, como en rigor caída de las hojas del calendario. El cine, como por doquier, tiene también por ahí sus ídolos estilo Tyrone Power e Ingrid Bergman. Si la gente adorara el saber, como le gusta ver, sabría, por ejemplo, que Balmes fué un sociólogo eminente y asonante, mucho más que tantos otros a quienes sólo conocen por el fácil ditirambo de sus mismas disonancias. Y, como puedes suponer, mi querido Pedro, la voz de nuestra juventud y al son de sus canciones, ha convertido a la ciudad en barriada azteca. Primero a lo Negrete, como antes fué tanguista a lo Gardel. Y buscándose cada día mayores complicaciones, entrena ya el falsete a lo Irma Vila. Por lo demás, ya sabes que se baila mal una música que, generalmente, es mucho peor todavía. Y así van creciendo nuestros hijos con parecido igual a lo que nosotros crecimos. Por ello comprenderás, amigo Pedro que en plena época en que la ciencia ha dado al mundo sus grandes panaceas, continuamos en el aspecto cultural sin saber cómo salirnos de nuestro punto de partida.

—¡Por favor, Pablo, no te pongas triste!

—Reconocerás, empero, que no es tampoco el tema, que digamos, muy alegre. Ni tú ni yo, en el orden humano y natural, participamos en la creencia de la teoría mesiánica del milagro. Vamos, pues, con otro tema, puesto que tú quieres saber cosas que gustosamente debo ofrecerte con independencia de mi ánimo en cada caso. Difícil, no obstante, poder mostrar en un momento la complejidad de nuestra vida tan diversa. Siguiendo, pues, mi perorata, voy a hablarte de algo que, a pesar de su vieja y ya clásica existencia, lo trata la ciudad con la misma ineptitud y poco tacto que si nuevo fuera. Y con sólo ese enunciado, vas a comprender que al turismo me refiero. Están todavía en mi memoria aquellos días difíciles en los que, pese al carácter netamente hospitalario de nuestras gentes, tuvimos que convencerlas, y no fácilmente, de las ventajas que la afluencia forastera venía a reportarles. Con ingenua simplicidad no veían más que el reflejo, traducido en carestía, de los que iban y siguen especulando con la mayor demanda.

Los propagandistas de aquel entonces, verdaderos precursores de la nueva era, fuimos tildados de ilusos por los mismos que hoy, sin escrúpulo ni memoria, han aprendido ya mucho más que sus maestros y del turismo no les interesa ya otra cosa que no sea la de someternos al despotismo de sus ganancias. Y como siempre en la vida, entonces los menos vencimos a los más. Pero como nuestra victoria tuvo fatalmente que ser la suya, ahora resulta que los más imponen a los menos sus caprichos en su deseo de mostrarnos cómo debe entenderse y practicarse una doctrina de la que fuimos sus auténticos profetas. Y así, como ahí, se quedó, amigo, la cosa. Cuando es todo todavía lo que falta por andar — ya que conste que lo hecho se hizo solo — parece como si ya cansados de no hacer nada, reclamáramos descanso para una fatiga que, ni con mucho, puede haber comenzado todavía. Quizá te horrorices si te digo, que no disponemos de un solo organismo eficiente en todo lo largo de la costa, que sea capaz de organizar y encauzar sus múltiples problemas. Que no disponemos, en fin, de un Sindicato de Iniciativas como el de Tarragona ni de cuantos funcionan a su estilo y manera. Transitan, como ya sabes, a diario, por la Península, infinidad de turistas y personajes, y todo, como si a nosotros nos tuviera sin importancia. Los interesados monetariamente en el negocio claman por la necesidad de alargar la temporada veraniega, sin saber que el turismo extranjero es el único capaz de lograrnos tal beneficio. Pero para ello, como para tantas otras cosas, falta el medio necesario con que lograrlas. Y falta que quien puede — consecuencia de quien debe — deje tuteladas que a nada conducen y otorgue a la cosa la importancia que, incluso a los pecados por omisión, se les concede en el Josafat que, así como nosotros lo somos para la anterior, para nosotros lo será la generación futura.

—¿Y si habláramos del deporte?

—Gracias, amigo, por la merced que me otorgas con tu cordial disimulo. Hasta a ti debe haber llegado nuestra buena fama deportiva, y sabes que con ello me proporcionas la bondad de un tema más alegre. La verdad es que estamos muy contentos. Aparte de nuestra notable clasificación cuando el pasado Torneo Regional, vencimos últimamente al Palamós, cosa que, pese al carácter amistoso del encuentro, fué acontecimiento digno para echar al vuelo las campanas de nuestro entusiasmo. Un entusiasmo tan tipo moderno, que se nos fué suministrando en forma de tabletas después de haber sido concentrado por espacio de nueve años. Casualmente ahora nos encontramos en plena fiebre del fichaje y creo, según todos los indicios, que es posible creer en un equipo estupeiando para la próxima temporada. Ya sabes que nunca como ahora puede el fútbol grafiarse mejor que como ¡la bolsa o la vida! La afición aspira siempre a la natural felicidad y ante la amargura de cualquier derrota huye de los campos de fútbol como del drama en la escena. Se la llama afición, sólo porque algo hay que llamarla. Por lo que respecta al campo de juego, debes de saber que se trata de un terreno idealizado por el entusiasmo reinante, pero que ni de lejos responde, no sólo a las exigencias de nuestra actual categoría deportiva, sí que a nuestra actual po-